

Sexto entretenimiento.

Los dolores de la Santísima Virgen.

Los que la sirven serán fieles al Dios Santo, y los que la aman serán amados de Dios

Hermanos míos, quiero sacar hoy de vuestros corazones, suspiros y lágrimas de compasión, por las angustias y los dolores de María, nuestra poderosa abogada cerca de Dios. Hasta aquí he procurado insinuaros la devoción hácia ella, como provechosa para vosotros; ahora os la quiero presentar como útil á la Virgen Santísima. Para excitar la compasión en vuestros corazones, me serviré de las palabras de Jeremías, y os diré en nombre de esta Virgen incomparable: *Oh vosotros todos los que pasais por el camino, considerad y ved si hay un dolor semejante al*

mío. Sí, hermanos míos, dirigid una mirada á María al pié de la cruz, y decidme si hay en el mundo dolor igual al suyo. Poned de un lado todos los tormentos que han sufrido los mártires, bajo el poder de los tiranos, los solitarios en sus grutas y los penitentes en el desierto; y del otro lado los dolores de María, y veréis que los trabajos, las penas, los tormentos de los penitentes y de los mártires, no son nada en comparación de las angustias del corazón de María. San Bernardo nos lo dice: *Quidquid crudelitatis inflictum est corporibus martyrum leve fuit, aut potius nihil, in comparatione passionis Mariæ.* Estas palabras os sorprenderán quizá, admiraos más bien de que el corazón tan tierno de María haya podido soportar tantos dolores. ¿Queréis saber cuál ha sido el más grande? es vuestra ingratitud; apenas pensáis en sus padecimientos. La Santísima Virgen se quejó de este olvido diciendo á santa Brígida: "Busco algunos que

piensen en mis dolores y me compadezcan, y he encontrado muy pocos.» Pero cuántos favores les reserva María Santísima á estos devotos de sus dolores. Vais á verlo en el ejemplo siguiente:

II. Santa Brígida, en el tercer libro de sus revelaciones, habla de un hombre llamado Nobile, rico de los bienes de la tierra, pero pobre de virtudes, ó más bien sumergido en un abismo de iniquidades, el cual cayó gravemente enfermo y no tuvo ningún cuidado de su salvación eterna. Sabiéndolo la santa, pidió muchas veces al Señor que convirtiera á ese obstinado pecador. Se le apareció Jesucristo y le dijo: «Dí á tu confesor que vaya á ver á ese enfermo y á exhortarlo á la penitencia.» Hizo el confesor lo que se le ordenó; mas el enfermo contestó que gracias á Dios, no tenía necesidad de confesión. Nuestro Señor ordenó de nuevo á santa Brígida que mandara por segunda vez su confesor cerca del

moribundo; pero éste dió la misma respuesta. Entonces Nuestro Señor descubrió á la santa que este desgraciado estaba en poder de siete demonios, y le mandó dijera á su confesor que prometiera de su parte al enfermo el perdón de todos sus pecados, si consentía en hacer una buena confesión. A este tercero y último mensaje, el enfermo se llenó de compunción, y exclamó llorando: «¿Aun puedo obtener el perdón de tantos crímenes?—Sí, hijo mío, la misericordia de Dios es infinitamente más grande que vuestra malicia: no temáis nada, tened confianza.—¡Ah! padre mío, hace sesenta años que no me confieso, y no he sentido ni remordimientos ni deseos de convertirme.—No desesperéis, hijo mío, llorad vuestros pecados, detestad todo comercio con el diablo, y Dios os perdonará.—Ese día se confesó el enfermo, al siguiente comulgó, y murió á los siete días. Entonces Jesucristo se le apareció á santa Brígida, y le

dijo que esta alma estaba en el purgatorio, y que muy pronto subiría al cielo. La santa quedó admirada con esta nueva. ¿Cómo, Señor, le dijo, un hombre que ha vivido tan mal, ha podido tener buena muerte y estará poco tiempo en el purgatorio? —Hija mía, respondió Jesucristo, la devoción á los dolores de mi Madre es la que le ha cerrado las puertas del infierno, y la que le abrirá bien pronto las del paraíso; porque aunque él no la haya amado de corazón, á lo menos tenía costumbre de pensar con frecuencia en sus dolores, y de compadecerse de sus penas; y esto es lo que le ha valido la gracia de convertirse y salvarse.”

III. Ved cuán buena es la Santísima Virgen, y cuán eficaz es esta devoción, pues que ha podido obtener la vida eterna á un pecador tan endurecido. ¿Qué debemos pensar de este ejemplo? ¿Acaso podemos imitar á este hombre en su vida criminal y que bastará pensar después

en los dolores de Nuestra Señora para morir bien? ¡Qué locura! ¿Qué diríais del que se sacara los ojos, con la esperanza de recobrarlos por un milagro, porque se sabe que la Santísima Virgen ha devuelto la vista á muchos ciegos? Este ejemplo debe animarnos á honrar los dolores de María Santísima, á compadecernos de las penas que padeció por nosotros en la pasión de su divino Hijo; porque si nosotros tomamos parte en sus dolores aquí abajo, participaremos de sus gozos en el cielo. Pero lo que me contrista es el ver que gran número de pecadores, no sólo no piensan en los dolores de María, sino que los renuevan cada día; hablo de esos pecadores obstinados, que añadiendo sin cesar nuevos pecados á los que han cometido, crucifican á Nuestro Señor, y con El á su santa Madre. ¡Ah! hermanos míos, reconoced hoy vuestra falta, y prosternaos á los pies de María, pedidle perdón y decidle: Oh Virgen, abismada en el

dolor, ¿por qué tenéis esa espada atravezada en el pecho? A vos os convienen los lirios y las rosas, y no espinas que os traspasen el corazón; que esa espada traspase el mío de dolor de haber ofendido á vuestro divino Hijo. Perdonadme, ¡oh reina de los mártires! Morir mil veces antes que pecar y aumentar con mis pecados vuestros dolores, hacia los cuales quiero tener desde ahora una devoción especial. Sí, hermanos míos, honrad los dolores de María; y obtendréis con ello tres gracias muy preciosas, como la Santísima Virgen lo reveló á san Juan Evangelista: 1.^a Un acto de contrición antes de morir; 2.^a la asistencia de la Santísima Virgen en el momento de vuestra muerte, y 3.^a Una gracia especial que pidiéreis á Dios, por los dolores de María. Sed, pues, sus devotos, honrad sus dolores, y con seguridad obtendréis estas tres gracias.



Sétimo entretenimiento.

Del cuidado que tiene la Santísima Virgen de sus fieles siervos, para que ninguno se pierda.

Con él estoy en la tribulación.
(Ecl. IV. 18.)

I. ¡Cosa increíble! el negocio más importante sobre la tierra, que es nuestra salvación eterna, es el más descuidado por la mayor parte de los hombres, y no puede estar en peores manos que las nuestras. ¿Qué hacéis si nó, vosotros, hermanos míos, para salvaros? ¿qué cuidado tomáis para asegurar un negocio de tan alta importancia? ¿No es verdad que todo el empleo de vuestros días es el pensar en el cuerpo, en la familia, en los placeres, en una palabra, en la tierra; y ¿en vuestra alma no pensáis jamás? Preciso ha de ser el

encontrar alguno que piense en ella por vos. Mas ¿quién será? La Santísima Virgen, os guardará entre sus brazos, ella que es la madre del Salvador, será también la madre de vuestra salvación; y no os abandonará hasta que quede asegurada. Amadla pues, servidla, y ganaréis este negocio tan importante; porque, como dice el seráfico doctor san Buenaventura: "Oh bienaventurada Virgen! así como todos los que se alejan de vos, y os desprecian, tienen segura su perdición; así también es imposible que perezca el que se dirige á vos, y á quien os dignáis mirar benignamente." Amad, pues, á la Santísima Virgen, amadla, hermanos míos, y seréis salvos.

II. Arrojando un día el patriarca santo Domingo, á los demonios del cuerpo de un poseso, les preguntó entre otras cosas cuál era el santo á quien temían más en el cielo, y que tuviese más poder sobre ellos aquí en la tierra. Por algún tiempo los

demonios rehusaron responder; pero al fin, obligados por el exorcismo, contestaron: A la madre de Cristo es á la que tememos más que á todos los santos; es la que tiene más poder sobre nosotros, y merece ser honrada más que todos los santos; porque una sola súplica de su parte, un suspiro que ofrezca á Dios, vale más que todas las oraciones y peticiones de todos los santos juntos. Nos vemos forzados á confesar que no podemos nada contra sus fieles siervos y que ninguno de los que perseveran constantemente en su devoción bajarán con nosotros al infierno. Notad bien estas palabras, hermanos míos: ningún siervo fiel de María caerá en el infierno, porque les obtiene á los que la aman y honran, la contrición, la gracia de una buena confesión, el perdón de sus pecados y la salvación. Ya lo habéis oído. los mismos demonios confiesan á pesar suyo que ningún siervo fiel de María caerá en el infierno,

¡Ah! que dulce consuelo para los que aman y sirven á esta gran Reina.

III. ¿Quién de vosotros, hermanos míos; rehusará pues alistarse entre los siervos fieles de María para asegurar el negocio de su salvación eterna? Pero no séais como los que se imaginan que la devoción á la Santísima Virgen consiste sólo en portar siempre el rosario, en rezar algunas veces su Oficio; en ayunar los sábados, y llevar consigo el escapulario de alguna cofradía. Todas estas cosas serán inútiles, si con todo esto vivís en el hábito del pecado mortal, si alimentáis en vuestro corazón el rencor, el odio, ó algún afecto desordenado; en una palabra, si quereis servir á María con intención de ultrajar á su divino Hijo. Estos son falsos devotos de la Santísima Virgen. ¿Sabéis en qué consiste la verdadera devoción á María Inmaculada? En querer lo que ella quiere; ¿pues qué es lo que desea? que dejéis el pecado y os decidais

á cambiar de vida. Si hasta aquí habeis sido sólo falsos devotos de María, ofendiendo á su divino Hijo, pedidle humildemente perdón, y decidle: Hénos aquí prontos á cambiar de vida, para ser vuestros fieles siervos y vuestros verdaderos hijos. Si estais firmes en esta resolución, sed benditos. San Bernardo nos dice que la devoción es como una red, para cojer el corazón. Arrojad, pues, esta red para cojer el corazón de María. Dichoso el que lo lograre y ganare su amor, pues está seguro de obtener con él todos los bienes, y podrá decir con Salomón: *Con ella me han venido todos los bienes.* El mayor de todos los bienes, será la vida eterna, porque esta gran Reina dice á sus devotos: *El que me encontrare hallará la vida.* Que cada uno de vosotros entre en su corazón y procure descubrir en él nuevas industrias y nuevos modos de honrar, amar y servir á María; porque ella nos dice también: *Yo amo á los que me aman.*

Estad ciertos de que si ganais el corazón de la Santísima Virgen, os salvareis, porque vivireis bien, y tendreis una santa muerte.

He aquí ahora la devoción que os aconsejo: todas las veces que oigais el reloj, decid una *Ave María* en honor de María Santísima, y tres *Gloria Patri* á la Santísima Trinidad, para darle gracias de haber elevado á María al más alto grado de gloria, haciéndola Madre, Hija y Esposa del Señor.



Octavo entretenimiento.

María Santísima es nuestra Abogada.

No olvides las palabras de mi boca,
ni te apartes de ellas.

Prov. C. IV. v. V.

I. Hermanos míos: el Altísimo nos ha hecho un beneficio muy grande dándonos á la Santísima Virgen, no sólo por madre, sino también por abogada. *Eja ergo advocata nostra.* Bajo de este título nos enseña la santa Iglesia á invocarla cada día. Y si es tan útil para el desgraciado, que sigue un proceso de grande importancia, tener un abogado fiel, que quiera y pueda defenderle, ¿cuánto debe ser nuestro consuelo y seguridad, en el proceso tan importante de nuestra salvación eterna, al tener por abogada en el tribunal de Dios, á la que es á la vez su Madre y la

nuestra? ¡Y qué abogada! basta recurrir á ella con amor y confianza, para que se muestre dispuesta á oír nuestras oraciones y á tomar nuestra causa en sus manos; ¡qué abogada tan poderosa! que puede y tiene voluntad de ayudarnos cerca de Dios. “En efecto, dice san Bernardo, el poder no le falta, pues es la madre del Todopoderoso; no le falta voluntad por que es la madre de la misericordia.” Vais á verlo en el ejemplo siguiente:

II. Un soldado llevaba una vida criminal; mas por fortuna su mujer era temerosa de Dios, y devota de la reina del cielo; con sus consejos obtuvo de él que ayunase los sábados en honor de la Santísima Virgen y que rezase el Ave María, cada vez que viera la imagen de nuestra Señora. Un día que este hombre iba á cometer horribles pecados, al pasar por delante de la iglesia pasó dentro, y viendo en el altar una imagen de la Santísima Virgen, se puso de rodi-

llas para rezar el Ave María; mas apenas empezó cuando vió, ¡oh prodigio! al Niño Jesús vertiendo sangre de sus llagas en el seno de su Madre, ¡Ay de mí! exclamó el soldado movido de compasión ¿quién es el infeliz que ha hecho tanto mal á vuestro divino Hijo?—Eres tú, respondió la Santísima Virgen, y los otros pecadores como tú, que más crueles que los judíos crucificais á mi Hijo cuantas veces pecais—¡Oh madre de misericordia! dijo el soldado arrepentido, rogad por mí á vuestro Hijo divino, y obtenedme el perdón de mis delitos.—Vosotros pecadores, repitió la Santísima Virgen, me llamis madre de misericordia, y con vuestras culpas me haceis madre de miserables.—¡Ah! no digais eso, acordaos que sois abogada de pecadores, y no me abandonéis.—Entonces la Virgen Santísima, volviéndose hacia el niño Jesús, dice: Hijo mío, por el amor que me teneis, perdonad á este miserable pecador, pues que me lo pide con tanto

fervor.—Respondió el niño Jesús, “no os admireis Madre mía si ahora no os concedo lo que me pedís, yo tambien pedí á mi Padre celestial que me librara de la pasión, y no fuí oído.— ¡Ah! Hijo mío, acordaos del amor con que os alimenté, y perdonad en mi favor á este desgraciado que se recomienda á mí.—No os aflijais, ¡oh Madre mía! si no oigo vuestra súplica; porque yo segunda vez hice oración y no me escuchó mi Padre.—Fruto bendito de mis entrañas, acordaos de las lágrimas que derramé por vos al pie de la cruz; y en recompensa de tanta angustia, dadme este pobre pecador.—Paciencia ¡oh Madre mía! y no os efendais si os rehusó esta gracia, porque la tercera vez que oré á mi Padre, se mostró sordo á mi petición.—La Santísima Virgen no desiste á estas negativas, sino que se levanta, coloca al santo Niño en el altar y se postra frente á él. ¿Qué hacéis Madre mía? le dice—Quiero estar á vuestros pies, hasta que per-

donéis á este pobre pecador—Entonces respondió el divino Niño: el hijo debe honrar á su madre; perdono, pues, en consideración á vos á este pecador los pecados que ha cometido; que se acerque y lo admito á besar mis llagas. Con mucho consuelo se aproxima el pecador, besa las llagas del Niño Jesús, y conforme iba acercando los labios, se iban cerrando y quedando sanas.

Dió gracias á Jesús y á María, y volviendo á su casa, hizo que su mujer condescendiese á entrar, como él, en la religión, en la cual acabaron santamente sus días.

III. Ved por esta historia si la Santísima Virgen es abogada poderosa cerca de Dios, pues después de tantas negativas, su divino Hijo se ve obligado á concederle lo que pide; ella tiene voluntad de ayudarnos, pues no cesa de orar, hasta que obtiene la gracia que solicita. El deseo que tiene de hacernos bien es tan grande que si no acudimos á ella en nuestras

miserias se mostraría ofendida, “No solamente los que os blasfeman ¡oh Virgen divina! exclama san Buenaventura, sino también los que son negligentes en invocaros, pecan contra vos.” Y sin embargo, ¿cuántas veces hermanos míos, hemos ofendido á María Santísima, no teniendo confianza en ella, ni recurriendo á su protección? Oh Virgen compasión! perdona á estos pobres ciegos que no han puesto su esperanza en vos, que no han conocido la bondad de vuestro corazón, y no han contado con vuestro poder cerca de Dios; no será así en lo de adelante ¡oh María Inmaculada! en vos ponemos nuestra confianza, seréis nuestra abogada, y de vos esperamos todos los bienes. *Eja ergo advocata nostra:* Prometemos dejar el pecado: obtenednos por vuestra fiel intercesión el perdón de nuestras culpas; volved hacia nosotros vuestras miradas compasivas, y obtenednos de vuestro bendito Hijo el perdón de nuestros

pecados. La Santísima Virgen nos alcanzará esta gracia, si nos corregimos; os aconsejo hermanos míos, que ayunéis ó hagais algun obsequio en honor de María Santísima, la víspera de sus festividades, ó á lo menos en sus siete fiestas pincipales.

